

conmigo, para obligar á esa señora á dejar aquellos sitios...

—¡Qué hermoso es —dijo Enriqueta,—esa fidelidad en el amor más fuerte que todo y que no deja lugar más que al sentimiento de la caridad!... Es compatriota, mamá. Si pudiéramos servirle de algo...

—Ya he pensado en ello,—respondió la señora Scilly;—pero esos grandes dolores transforman á veces á las personas haciéndolas insociables. Ya no tengo tu edad, querida mía, y no puedo dejarme llevar de las impresiones del momento; pero comprendo tu intención; sólo de un alma vulgar y egoísta es practicar el principio de *nada me importa nada*, de aquella princesa de la Edad Media que había perdido todas sus ilusiones. Y esto es aún más extraño, tratándose de una mujer joven, y que, según dice Margarita, vivió en París en un hotel, luciendo bonitos trajes y haciendo, en suma, la vida de la sociedad elegante.

—¿Y qué valen estas vanidades—interrumpió Enriqueta, lanzando esa mirada con la que los jóvenes parecen prever y desafiar el porvenir,—cuando el destino ha sido tan cruel? ¡Cuando ya ha muerto la persona á quien se quiere agradar!

¿Podía Enriqueta ofrecer mejor ocasión á Francisco para que éste dijera que él conocía á aquella mujer de quien hablabán, ó más bien de la que interpretaba la historia, con su delicadeza é inocencia tan propicia á admitir como natural la más rara de las bellezas morales, haciendo una novela de la honestidad? Sin embargo, él no aprovechó aquella ocasión, que acaso no se volvería á presentar, por más que el dejarlo pasar fuera peligroso, dado caso de un en-

cuentro entre Enriqueta y Paulina. ¿Cómo explicaría él entonces su silencio, no sabiendo la señora Scilly que Paulina había sido la íntima amiga de la señora Archambault? Callarse en aquel instante, era quizás hacer mayores las más terribles dificultades; era, seguramente, cometer el primer engaño frente á frente á su prometida. ¿Pero cómo hubiese podido hablar? En primer lugar, la emoción que le produjo este suceso, por sencillo que fuese, había paralizado su presencia de ánimo. Somos así. Previendo complicaciones infinitas, no paramos mientes en esas naturales y corrientes peripecias, murmuración de criados, que después de sus habladurías repiten esas murmuraciones á sus señoras, al tiempo de ayudarles en su tocado.

El hubiese hablado á pesar de todo y la frase natural: «¡Esa señora Raffraye!... Yo he conocido á una amiga de mi hermana que se llamaba así...» hubiera salido de sus labios si el elogio que de su pérfida querida hacían dos mujeres que él respetaba tan profundamente, no le hubiera causado cierta indignación poco generosa, pero violenta, irresistible y muy natural después de todo. ¿Quién ha podido ser engañado, como él creía haberlo sido, sin sentir que la cólera le ahoga contra la hipocresía, de la que hallando el medio de causarnos mal ha encontrado al mismo tiempo el medio de disfrazar sus instintos con tal máscara de honor y delicadeza? Comprendió de pronto que la repugnancia que había sentido para hablar de Paulina ante su novia, no sería nada al lado del horror que le inspiraría ver entrar en el salón á tan abominable comediante y acercarse á aquellas dos

inocentes y santas criaturas. No dudó que la manera como se habían expresado las dos criadas de Paulina no fuese una lección aprendida, sabiendo, como creía saber, la falsedad de aquel dolor de la viudez. Y sin embargo, había bastado para que Enriqueta, en su inocencia, hubiese hablado de una posible aproximación, casi amistad, con aquella peligrosa intrigante, que sus motivos tendría para hacer contar de ella semejante impostura. Cualesquiera que fueran estos motivos, Francisco poseía un medio muy sencillo para contrarrestarlos de una manera definitiva, en el supuesto de que el plan de Paulina se dirigiera contra él. ¡Qué locura no haber pensado desde un principio en este procedimiento brutal, pero decisivo, que le ponía á cubierto de todos los ataques de aquella mujer, fuese ó no casual su presencia en Palermo! No tenía más que pedir una entrevista á la señora Scilly y hacerle confesión general. ¡Qué tonto había sido con no obrar así desde un principio, en vez de temblar como un criminal; en vez de escribir á Paulina como un niño, y verse en el caso de sufrir el tormento de una entrevista con su antigua querida! Una vez que la Condesa estuviese al tanto de todo, ¿qué valor tendrían los más maquiavélicos planes á los que opondría la voluntad de una madre que no quiere que se toque á la felicidad de sus hijos? ¿No iba él á ser su hijo, en efecto? ¿No le quería la Condesa con amor de madre? ¿No se lo demostraba á cada instante, en aquel instante mismo en que viéndole absorto durante la comida y pensativo, tomando su brazo para levantarse le preguntó como con frecuencia preguntaba á su hija con la inquietud que engendra el

menor detalle advertido, que es la sublime puerilidad del profundo cariño.

—Temo que aún dure su indisposición de ayer, querido Francisco.

—Sí—dijo Enriqueta,—parece que está usted cansado, abatido... ¡Qué imprudencia no habérsenos ocurrido consultar al doctor cuando vino á ver á mamá esta noche!

Y el joven, después de haber asegurado que se sentía bien, fingiendo la alegría que nunca engaña al verdadero cariño, pensó:

—¡Cuánto me quieren!

La Condesa y su hija, durante la velada, no cesaron de mirarle á hurtadillas; y muy habituadas estaban á leer en la fisonomía de Francisco, para que no advirtieran la ansiedad mal disimulada en su semblante. Fué esto suficiente para que ellas á su vez no encontrasen, como otras veces, conversación franca y dulce como tenían por costumbre, sin doble intención. Por la primera vez, desde la llegada del joven á Palermo, los tres sintieron que en el salón donde pasaban sus tranquilos días, se cernía el penoso silencio que anuncia en el hogar la amenaza de terrible crisis. Todo está lo mismo, personas y cosas, y, sin embargo, todo cambia. Son horas de malestar intenso, más penoso aún para los que de él conocen las causas secretas.

Así que cuando á fin de hacer más agradable la velada, y para engañar el incomprensible enervamiento del que se sentía contagiada, Enriqueta se puso al piano, sintió Francisco que un peso se le quitaba de encima. Experimentaba siempre una vo-

luptuosidad infinita al oír tocar á su novia. Toda el alma de la joven se revelaba, se hacía palpable en la ejecución sencilla y conmovedora con que interpretaba sus maestros favoritos. En esta ejecución había conciencia y lealtad, efecto de su pacientísimo estudio, y del temor de traspasar su emoción al expresarla. Ciertos fragmentos de obras de Beethoven, cogidos al azar, parecían al joven una bendición que descendía de ella como una imposición de manos de aquella noble y firme criatura. Pero en la situación de ánimo en que entonces se encontraba, aquel magnetismo de la armonía le turbó más, en vez de encantarle.

Cogió un volumen grande con grabados, la célebre colección de vistas de Sicilia, del duque de Serra di Falco, y le hojeó con aparente atención; tanta más inverosímil, cuanto que la señora Scilly y Enriqueta le habían enseñado muchas veces aquellas láminas. Por lo menos, aquella actitud le permitía coger el hilo de sus ideas, interrumpido por las preguntas de las dos señoras, y por la necesidad de engañar la solicitud que le demostraron. Y volvió al proyecto súbitamente concebido en la mesa; el de una confianza con la Condesa, mirando por encima del libro, como ella continuaba el bordado que su hija comenzó. Estudiaba aquella cara delgada y envejecida, pero cuya altiva expresión no habían alterado sus sufrimientos físicos. Como había llegado el momento cercano á una conversación difícil, á fin de evitar una torpeza se puso á imaginarse detalladamente su conferencia con la noble señora.

Veía su historia como reflectada en aquella con-

ciencia íntegra. ¿Que expresaría durante su confesión aquel doloroso rostro, en cada uno de cuyos pliegues se leía la resignación religiosa? ¿Sobre todo, qué dirían aquellos ojos cuyas pupilas azules, del mismo azul que el de los de Enriqueta, revelaban un fervor puro é irreprochable? Oía las primeras palabras que él pronunciaría, declarando en primer lugar que conocía á aquella señora Raffraye, de la que se había hablado la víspera. ¡Cómo en aquel rostro y en aquellos ojos se pintaría el asombro y la indulgencia, á la vez al fin de esta conversación! ¡Cómo se asombrarían de admiración siempre y de melancolía, cuando indicando él la importancia de la confidencia, detallase su aventura! ¿Qué sería esta para la rígida conciencia de la Condesa más que una abominable historia de adulterio? El se defendería, haciéndola ver la sinceridad de su pasión, haciendo comprender á aquella mujer que sólo conocía los deberes de la vida el irresistible atractivo que la pasión ejerce sobre la juventud. Mucho, ciertamente, le costaría esta primera parte de su relato, pero estaba seguro de que la señora Scilly se conmovería, sobre todo al conocer las torturas con las que había expiado su culpable intriga, al iniciarse el martirio de sus celos.

Referiría cómo había recorrido tantas veces, aun el día anterior, el camino de su calvario, hasta la última estación. Explicaría cómo le habían hecho traición casi ante sus propios ojos, y su desesperación cuando había visto una mujer cubierta con un velo y en la que reconoció á Paulina, apearse de un coche á la puerta de la casa de su rival. Diría cómo rompió aquellas relaciones, sin ocultar nada de su brutalidad.

y cómo el afán de dar á esta ruptura un carácter definitivo le había hecho huir lejos de París, con las tristezas de una existencia errante.

El noble rostro y los profundos ojos de la madre de Enriqueta, aún demostrarían compasión ante la miseria.

Esta segunda parte de su triste narración, sería, pues, delicada, pero no imposible de contar. Preciso sería llegar á la tercera; á la referente á la época que siguió á su regreso. Hablaría de su conversación con la señora de Sermoise y de la manera cómo había sabido el nacimiento de la niña. Los ojos de la señora de Scilly, de la mujer cristiana que jamás había faltado, se levantarían hacia él. ¿Qué leería en ellos? ¿Qué pregunta le dirigiría aquella austera boca? Francisco había oído frecuentemente salir de ella frases de piedad, aquella misma noche, para esos pobres niños á los que se les debe todo, puesto que ellos no han perdido que se les diese la vida. Ella le diría: ¿Cómo es la niña?—El respondería:—No la he visto nunca.— Los ojos de la Condesa le mirarían de nuevo. ¿Cómo soportar aquella mirada? No; jamás sería comprendida por aquella alma caritativa la dureza aparente de su abandono, tan justo por otra parte. Aquella madre que sólo había existido para su hija, le diría:— ¿Pero no es probable que aquella niña fuera su hija de usted?... Debió usted tenerlo en cuenta... ¡Es tan fácil hablar así cuando se vive lejos de la pasión y de sus amarguras! ¿Cómo hacer comprender á una mujer como la Condesa que el implacable silencio en que él se había encerrado, tenía por principio el exceso mismo de su amor? De no haber Francisco ama-

do tanto á Paulina, no hubiere sufrido tanto con la duda, y no hubiere conservado la cicatriz de las heridas mal curadas que le había impedido aproximarse jamás á aquella mujer.—¿Pero si la madre hubiese muerto, diría de nuevo el juez, usted hubiese dejado á esa pobre niña, hija de usted tal vez, abandonada á la casualidad?... El respondería entonces...—¡Pero ella no es mi hija!... Y la noble señora le diría tal vez aquel atroz—¿Quién sabe?—pregunta que él mismo se dirigía alguna vez, y por lo que procuraba no encontrarse jamás con aquel insoluble y viviente enigma.—¿Ha buscado usted, al menos,—continuaría la señora de Scilly—el medio de saber la manera cómo la señora Raffraye usaba de su libertad? Lo que nosotros hemos sabido hoy no es cosa que deshonre á una mujer. ¿Protestaría él? ¿Se empeñaría en demostrar la hipocresía atroz que él entrevía en el relato misterioso de una antigua criada bien adiestrada? De esta hipocresía no tenía tampoco pruebas.— ¡Esta conversación sería demasiado penosa!—concluyó al término de aquella velada, en la que los tristes acordes de la música, tocada por Enriqueta, estaban traducidos por él en este extraño diálogo, del que casi había oído algunas frases; tan intensa había sido su alucinación.— ¡Demasiado penosa!—se repitió en voz alta cuando estuvo solo en su cuarto, donde recordó la carta escrita veinticuatro horas antes...— ¡Sería una locura provocar tal escena, sobre todo cuando tal vez puede ser evitada! Entremos en la realidad. En primer lugar, Paulina no ha contestado á mi carta. Esto es un hecho indiscutible. ¿Y por qué? La idea que una vez ya había atravesado su espíritu,

volvió con más precisión.—Después de todo, ella puede haber venido á este sitio por pura casualidad, y experimentar por nuevas relaciones el mismo horror que yo; y su silencio quería entonces indicar que como si no nos conociéramos... Si así fuese, ¿qué necesidad tengo de hablar de este asunto á la señora Scilly?—Lo anhelaba tan violentamente que la intensidad de su deseo lo hizo aparecer como certeza en su espíritu.—¿Qué prueba que sus criados hablen bien de ella? Que ella es bastante lista, bastante falsa para que una vez muerto Raffraye, haya representado la comedia de un gran dolor. Pero de esta comedia á mi presentación en regla hay mucho trecho. No; ella no quiere conocerme, ni por consecuencia conocer á la señora de Scilly, cuyo trato no podía frecuentar sin verme. Y además, ¿dónde habían de hacerse estas relaciones? Estas señoras comen en su habitación. Enferma como debe de estarlo en el mero hecho de haberla enviado tan lejos, Paulina comerá seguramente en la suya. Estas señoras no van jamás al salón de lectura. Tampoco ella irá. No tenemos ninguna relación en la ciudad. No queda, pues, más que el azar de un encuentro en el pasillo ó en la escalera... Vamos... He tenido miedo demasiado pronto, y en todo caso vale más esperar.

Y se animaba creyendo todo aquello de buena fe. Veinticuatro horas más tarde no podía guardar aquella ilusión. ¡Ah! Pronto debía de comprender que aquellos encuentros en el corredor ó en la escalera, posibles y probables no obstante la amplitud del hotel, eran más peligrosos que lo que había supuesto. Parecía que á la señora Raffraye le molestaba la ines-

perada y odiosa vecindad. No solamente durante las veinticuatro horas había continuado sin responder á la carta de Francisco, sino que sus dos criadas habían dejado también de comer á la hora y en la mesa de los otros. Este detalle insignificante, tomaba para Francisco un aspecto singular. ¿No probaba que su querida había sabido la conversación de las criadas y que no quería que se estableciese ni por este lado relación alguna entre el departamento del tercer piso que ella ocupaba y el del segundo habitado por la Condesa? Todo, pues, se arreglaba, al menos en la apariencia, del mejor modo para el joven, y hasta la inquietud que la imprudente ansiedad de su fisonomía durante aquella velada había despertado en su novia y que pudo concluir en la más dolorosa inquisición, había desaparecido. La había bastado verle á solas hacia las nueve de la mañana en el salón donde la mesa ya dispuesta con el té les esperaba.

Una palabra, una mirada, un apretón de manos había calmado á la dulce joven. La más difícil de las situaciones que se podían imaginar parecía, pues, que no traería más consecuencias, y él se encontraría así pronto en el pleno equilibrio de su dicha. Pero no; después de aquella mañana, y al ir de su cuarto al salón, cuarenta pasos habían bastado para hacerle comprender que su antigua querida conservaba el poder de trastornarle con su sola presencia. ¿Habrá en ciertos dolores muy prolongados una verdadera lesión de nuestros nervios ó de nuestro cerebro, que aun cicatrizada dejará como reliquia la huella sensible de su herida cerrada demasiado tarde? O más

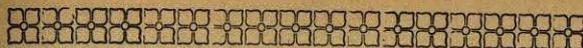
bien: ¿era que él no podía pensar en Paulina sin pensar en otra persona?

Durante un momento Francisco se había detenido para mirar los escalones de la escalera, que subía entre bambús y otras plantas exóticas hacia el último piso, y había pensado...—¡Si *las* viese bajar ahora!...—Y se le habían aparecido dos mujeres en su imaginación. A la una la reconocía á la primera mirada. Era la Paulina de otras veces, la que él había dejado tan joven aún, y tan bella en su palidez y su fragilidad; pero herida, ajada, vencida por la vida. Traía de la mano una niña. ¿Qué ojos y qué rasgos tendría esta niña, de la que él no sabía nada más sino que vivía, que respiraba, que sus pies habían hollado la víspera la alfombra roja de aquella escalera de mármol, y que aquellos tiestos habían formado marco á su rostro desconocido? A esta idea Francisco sintió como si una mano le apretase el corazón, y esta extraña impresión había sido tan cruel que se apresuró á dirigirse hacia el salón. Cuando salió de él, hacia las diez, al pasar por el mismo sitio, volvióle la idea de antes; se hizo más fuerte aún en el momento de salir á paseo cuando pasó por allí con la Condesa y Enriqueta. En aquel momento Enriqueta estaba muy linda, con sus cabellos rubios y su alegría dichosa, y fijaba en su novio sus ojos azules con confianza y serenidad. ¡Qué bien hacía el color de rosa fresco de su tez entre los arbustos, y cuánto le amaba! ¡Ah! ¡Cuánto! El en prueba de su amor, forzó su boca para sonreír mientras la aprensión de un inevitable encuentro removía profundamente su alma.

Pero dominar su rostro, ordenar á su mirada que

callase, y á sus labios que no exhalaran una queja, enmascarar, en fin, su angustia con expresión de indiferencia ó de buen humor, no era vencer su pensamiento, y cuando, al regresar de paseo, y franqueada la puerta del hotel, Francisco se encontró allí, este pensamiento, siempre el mismo y acompañado de la misma emoción:—¿Las encontraría?—Acabó de vencerle de que Paulina Raffraye no tenía necesidad de perseguirle, de intrigar, ni de insinuarse en la intimidad de la señora Scilly, para destruir toda su tranquilidad, lo que en su novia llamaba con una travesura acariciadora: «la hermosa seguridad de su amor.» Era bastante con que Paulina estuviese bajo el mismo techo que él, que pudiese, que debiese encontrarse frente á frente con ella. Y retirado de nuevo á su cuarto, después de una velada, en la que por lo menos había podido continuar su comedia de calma—¡Dios mío... qué esfuerzos, qué mentiras para un corazón que ama!—le fué preciso rendirse á la evidencia. No; no volvería á gozar de aquella dicha que pocos días antes sentía paseándose en una hermosa mañana con Enriqueta por los jardines de la villa Tasca. Iba y venía por su cuarto más agitado aún por esta evidencia: no amaría menos apasionadamente á la joven. No temía ninguna emboscada por parte de Paulina; ni tampoco sentiría por ésta ninguno de esos secretos ardores del corazón que se poseionan de nosotros alguna vez, hasta en un amor nuevo y feliz, al recuerdo de las antiguas ternuras, como para demostrarnos que no se cesa de amar lo que se ha amado una vez con fuego profundo. No. Estas emociones habían muerto en él, y una invenci-

ble ansiedad le apretaba el corazón. Descendiendo al fondo de su espíritu, encontraba que esta ansiedad tenía por principio el mal causado por los detalles de la vida de Paulina en el campo, de los que la señora de Scilly había sido eco inocente. Francisco se repetía que eran mentiras. ¡Le hubiesen producido tal acceso de remordimientos, al demostrarle que eran verdaderos, que solamente este pensamiento le agitaba cruelmente! Más débil aún se sentía para resistir la otra causa de su ansiedad, la posibilidad, una por veinte, por ciento, por mil, pero posibilidad al fin, de que la hija de la señora de Raffraye lo fuese también suya, posibilidad en la que él había pensado, que había entrevisto y que siempre le había obsesionado sacudiendo su cerebro. En los dos días antes y en los primeros momentos que siguieron al anuncio de la presencia de Paulina, no había aún comprendido que por encima del tumulto de sus locas hipótesis, estaba el punto más duro para su corazón; que el drama real estribaba en la certeza que pudiera traer una confrontación con aquella niña, de la que siempre había huído; y contra esta certeza y las angustias de la espera que evocaba en él hasta el magnetismo de su gran amor por Enriqueta, resultaba impotente.



IV

LA NIÑA ADELA

¡Infierno de sentimientos dobles! ¡Funesto laberinto el de las complicaciones del corazón! El joven os desea en esa edad, inocente hasta en las mayores faltas, y en la que el orgullo de la vida se manifiesta por el sueño de las emociones raras, por el afán de las alegrías y de los dolores privilegiados. El hombre que ha pasado de los treinta años os odia, rindiendo culto á la verdad, el deseo se torna entonces hacia el paraíso de las afecciones sencillas. Sabe que la felicidad reside únicamente en entregar de un modo leal y absoluto todo su sér á un solo sér; entrega sin reserva, en la que no ocultamos ninguno de nuestros pensamientos, y en la que nuestras menores ideas, nuestras más insignificantes emociones, van naturalmente hacia aquel sér, como todas las gotas de agua de los ríos van al mar. Pero sabe esto demasiado tarde. Para gozar, preciso sería volver á ser el joven de veinte años que ama á una niña de dieciocho, y que se casa con ella, prodigándose uno á otro esa frescura del alma, esta virginidad del corazón que nunca ha sido destrozado; de la boca que jamás ha mentido, de los sentidos á los que ninguna fiebre culpable ha abrasado.